

El poder transformador del presente

JOSÉ ZARAGOZA, secretario de organización del PSC

LA VANGUARDIA, 30.01.10

Albert Camus creía, contradiciendo a algunos de sus contemporáneos de los años cincuenta, en la capacidad transformadora del presente. Sus ideas se basaban en una centralidad que resultaba especialmente antipática a los defensores de la izquierda comunista como Sartre, partidarios de una lectura historicista de la acción política que prefería imponer el sacrificio de la libertad a aceptar la importancia de la actuación sobre el presente. Una posición que los acercaba al más estricto de los conservadurismos y que, analizada hoy, se confunde, en lo formal, con la actitud con que generalmente se define a la derecha. Los extremos, claro, se tocan. Pasaba antes y pasa ahora: en numerosas ocasiones, la tan predicada centralidad de algunos sólo parece existir en su imaginación; la realidad es que su discurso se teje en función de los votos y, claro, esto tiene poco de práctico para solucionar el presente y mucho de ilusorio.

La confrontación entre Camus y Sartre, que se mantuvo hasta la muerte del primero, la resume Jean Daniel en su libro Camus. A contracorriente. Daniel concluye que al autor de El extranjero le obsesionaba ver como se rebelaban los humillados y los ofendidos y como esta rebelión era traicionada en la revolución. Camus vivía la rebelión en el presente; en sus propias palabras, "no me cuento entre esos amantes de la libertad que quieren ataviarla con cadenas redobladas, ni entre esos servidores de la justicia que piensan que únicamente podemos prestarle un buen servicio entregando varias generaciones a la injusticia". Es inevitable

pensar en Carlo Rosselli y en su concepción del socialismo liberal: la integración de los ideales de libertad y justicia. El socialismo como el desarrollo lógico del principio de libertad, basado en la transformación real de las estructuras sociales. Para Rosselli, los socialistas no han de tener la ilusión de poseer el secreto del futuro ni creerse depositarios de la última verdad en materia social, sino servirse de un relativismo que mueve la acción y cree en la cultura del trabajo. Para Camus, en contra de la opinión de Sartre (que le acusaba de cuestionar la acción política), no podemos apoyarnos en modelos del pasado ni en proyectos de futuro; creía que el destino se juega a cada segundo, que el poder transformador del mundo se puede ejercer en el presente. Una postura, esta, que se asocia con la propia evolución de la izquierda y su apuesta por una acción transformadora del día a día (las "razones de Estado para el presente" que cita Daniel), y la evidencia de que las recetas neoliberales, y el grueso del ideario conservador, continúan articulándose a partir de conceptos que niegan sistemáticamente la existencia de un problema actual en beneficio de la ilusión de un futuro.

La revolución de la izquierda actual consiste en que se erija en la más capacitada para leer los conflictos del presente ante la insistencia de los conservadores en destruir la realidad como mecanismo de un presunto progreso.

No existe, según estos profetas, la acción política inmediata y transformadora, y se empeñan en negar sus beneficios para vindicar el mesianismo sobre el cual advertía Camus. Aquí reside la vigencia de su discurso: en la búsqueda de la verdad en las obsesiones del presente. Como explica Daniel, "mientras no se despoje a la política de su carácter de absoluto, estamos condenados a considerar como enemigo a la

sociedad o al otro". Camus consideraba que no se debían transformar los valores del liberalismo económico en verdad moral, entre otras cosas porque la derecha se encarga de convertir la moral en moralismo, y la ilusión en hipocresía. Tenemos no pocos ejemplos en la política catalana y española. ¿Cuántas veces hemos visto a los partidos anclados a la derecha poner en entredicho la legitimidad de una acción política sin llegar a valorar en positivo ni una de sus visibles ventajas? Es, como se apuntaba antes, la estrategia de la destrucción de la realidad para suplantarla por una ilusión. Un discurso de pasado y futuro que, como advertía Camus, repercute negativamente en el presente. Referirse a la vigencia de Camus no es sucumbir a la tentación de la efeméride ni a un afán revisionista. Es la constatación que, hace más de cincuenta años, ya se hablaba de temas, como la libertad y la justicia, que se mantienen como ejes de la acción política y del sentido final de las ideologías. Si hace cincuenta años Camus iba a contracorriente defendiendo sus posiciones, los que recogen su legado continúan a contracorriente porque, y esto es lo que demuestra su actualidad, su discurso es igualmente válido para explicar las obsesiones y necesidades del presente.

Las preocupaciones de Camus son (o deberían ser) las nuestras. Y ahora más que nunca se deben recordar sus ideas para trabajar en el día a día ante quienes preferirían descuidarlo a conveniencia. En otro momento de Camus. A contracorriente, Daniel afirma que "nuestra época no ha sido nunca tan moralista: responsable y culpable de todo al mismo tiempo, mientras vive inmersa entre las víctimas", para añadir que "Camus detestaba también la mortificación". Efectivamente, hay que superar las doctrinas engañosas y el victimismo para asumir, de una vez por todas, que la acción sobre las pequeñas cosas tiene una repercusión innegable

sobre el bien general. Aunque a algunos no les guste, esto también es política.